

Arriba: Posiciones de artillería roja de la Manzaneda, sobre la carretera de Oviedo a León. Abajo: Depósito de aguas, ocupado por los rojos en octubre de 1936, y que fué uno de los más importantes fuertes del enemigo.

oficiales de su Estado Mayor, sin más reserva que una docena de guardias civiles, dirigía la resistencia sin perder ni un momento la serenidad ni la clara visión de las cosas. Imperturbable, examinaba los planos, recorría los sectores, animando a los soldados y dando órdenes a los jefes, y comunicaba a través de la última débil radio que le quedaba, alimentaba con las postreras filas, con el mando de la columna de Galicia, que, en un empeño de ardor, se iban abriendo paso, a punta de bayoneta, por los valles verdes del Nalón y los riscos abruptos del Escamplero.

¡Gesta incomparable y tenaz de la ciudad sitiada en los últimos quince días de su asedio! ¡Vivo testimonio de esas grandes hogueras de la Historia que se llamaron Numancia y Sagunto, Zaragoza y Gerona!

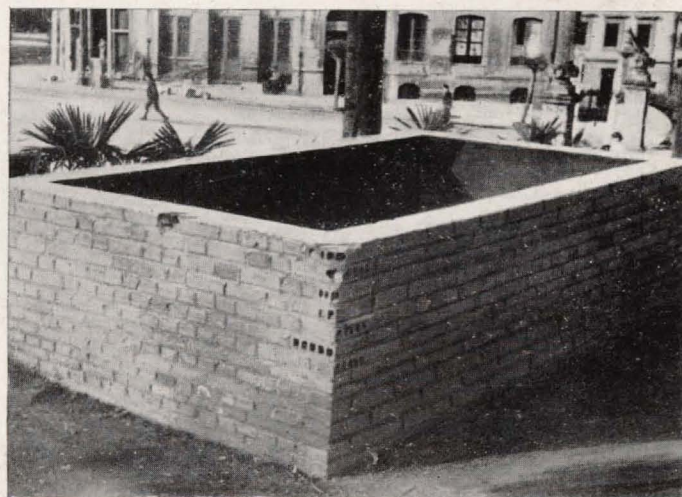
El propio General Mola, jefe del Ejército del Norte, asombrado ante el heroísmo de Oviedo, ordenó al mando de las columnas gallegas que, a toda costa, forzase todos los obstáculos para salvar a la ciudad, y le envió el refuerzo de tropas moras y legionarias. Al mismo tiempo, el día 11—uno de los más angustiosos del asedio—, dirigió al General Aranda un comunicado por radio, que fué impreso y repartido entre los defensores:

“Vuestro heroísmo es apreciado por España—decía—. En nombre del Ejército os envío, con su admiración, la felicitación más entusiasta por la defensa, palmo a palmo, de esa ciudad, con tanto y tan continuado sacrificio que la

equipara a las más grandes epopeyas de la Historia. Sostened vuestra fe, y que cada edificio sea un recinto en el que el contrario pierda sus efectivos a cientos. Su moral no puede resistir pérdidas tan numerosas. Sabemos positivamente que ya vacila. Las fuerzas de Galicia, aumentadas en nuevas unidades de choque, se apresuran en vuestro auxilio. Un fuerte abrazo, y, ante vuestro heroísmo, el más grande “¡Viva España!”

¡Y vaya si la guarnición de Oviedo supo cumplir la orden y superarse en la grandiosidad épica de su gesto! Llegó un momento en que, reducidos los defensores a unos 800, hubo que abandonar el cinturón defensivo, que por su gran perímetro no era posible sostener con tan escasos brazos. Y entonces... ¡no hay frases que puedan reflejar la magnitud de la desesperada obstinación de Oviedo! ¡Entonces fué cuando el General Aranda radió aquellas inmarcesibles palabras: “Ha llegado la hora de morir como españoles”!

Se ocupaba una casa. Con cuatro colchones se levantaban débiles parapetos en las ventanas y ¡a resistir! Caían las granadas sobre el edificio, que iba demoliéndose y sepultando muchas veces a sus ocupantes. La artillería abría enormes boquetes en sus paredes, por los que penetraban, buscando carne, las ráfagas de las ametralladoras. Pero allí, entre las ruinas, clavados en sus puestos, seguían los defensores. Un mortero acababa por prender fuego a los restos de la vivienda. Los muebles rotos, las ropas revueltas, los objetos—queridos objetos familiares, Dios sabe de qué pobre hogar—, servían de fácil combustible a la gran hoguera, y el humo de la quema, unido al humo de las explosiones, al polvo de los hundimientos y al calor de las llamas, producía un ambiente denso, irrespirable. Los defensores eran ya la mitad o menos. Y entonces se disponía el repliegue al edificio de al lado, a través de un boquete abierto en la pared medianera. Todas las casas de Oviedo se comunicaban así, y hubo barrios enteros que podían recorrerse de punta a punta sin salir a la calle. En la nueva casa se repetía la hazaña. Y así un día, y otro y otro. Conquistar un montón de escombros costaba a los rojos montones de muertos. Sólo de ese modo, a costa de esa tenacidad sublime, se explica que los treinta mil rojos, con sus cuarenta cañones, no pudieran dominar la ciudad, defendida tan sólo por ochocientos. ¡Los ochocientos supervivientes de Oviedo, que esperan el romancero de epo-



Ocupado el depósito de aguas por los rojos, en octubre del 36, en la ciudad sitiada se construyeron pequeños depósitos, como el que muestra la fotografía, para el abastecimiento de la ciudad durante el asedio.